



## Pioneras del Trabajo Social: Políticas de género, racialización y conocimiento en la disciplina

Dau García Dauder<sup>1</sup>

Recibido: 1 de enero de 2020 / Aceptado: 14 de julio de 2021

**Resumen.** Recuperar la historia de las trabajadoras sociales es un ejercicio de justicia epistémica que puede contribuir a repensar la identidad profesional de la disciplina. A través de un recorrido histórico con perspectiva feminista, este artículo analiza cómo las políticas de género y racialización han guiado las políticas de conocimiento. Atendemos a los procesos de segregación sexual disciplinar en la institucionalización de la ciencia social: entre una sociología teórico-académica, masculinizada y legitimada, y su cara práctico-aplicada, feminizada y desvalorizada, convertida en trabajo social. Así mismo, mostramos las estrategias y negociaciones de las pioneras articulando, desde centros sociales como la *Hull House*, la investigación sociológica con la reforma sociopolítica. En concreto, presentamos los aportes teórico-prácticos de las pioneras del trabajo social, principalmente en Estados Unidos, centrándonos en: Edith Abbott y Sophonisba Breckinridge, por su papel en la institucionalización de la disciplina, y en las trabajadoras sociales afroamericanas, por la invisibilización de sus experiencias y resistencias.

**Palabras clave:** trabajo social, sociología, reformadoras sociales, trabajadoras sociales afroamericanas, historiografía feminista.

### [en] Pioneers of Social Work: Gender, racialization and knowledge policies in the discipline

**Abstract.** Recovering the history of social workers is an exercise of epistemic justice that could contribute to rethinking the professional identity of the discipline. Through a historical journey with a feminist perspective, this article analyzes how gender and racialization policies have guided knowledge policies. We attend to the processes of disciplinary sexual segregation in the institutionalization of social science: between a theoretical-academic sociology (masculinized and legitimized) and its practical-applied face (feminized and devalued) converted into social work. Likewise, we show the strategies and negotiations of the pioneers articulating, from social centers such as the *Hull House*, sociological research with sociopolitical reform. Specifically, we present the theoretical and practical contributions of the pioneers of social work, mainly in the United States, focusing on: Edith Abbott and Sophonisba Breckinridge, for their role in the institutionalization of the discipline, and on African American social workers, for the invisibility of their experiences and resistance.

**Key words:** social work, sociology, women social reformers, African American social workers, feminist historiography.

---

<sup>1</sup> Universidad Rey Juan Carlos de Madrid  
Departamento de Psicología  
[dau.dauder@urjc.es](mailto:dau.dauder@urjc.es)

**Sumario.** 1. Historia de las mujeres en las ciencias y sociología de género disciplinar. 2. El subtexto de género en la construcción de un relato histórico enfrentado. 3. *Her-story*: Estrategias y negociaciones de género de las pioneras del trabajo social. 4. Patriarcado académico y segregación sexual/disciplinar en Chicago. 5. Los centros sociales como cantera de científicas sociales. 6. Breckinridge y Abbott: la institucionalización del trabajo social y los “fantasmas del pasado sociológico”. 7. Las grandes olvidadas en el relato: pioneras trabajadoras sociales afroamericanas. 8. Conclusiones.

**Cómo citar:** García Dauder, D. (2021). Pioneras del Trabajo Social: Políticas de género, racialización y conocimiento en la disciplina, *Cuadernos de Relaciones Laborales*, 39(2), 283-308, <https://dx.doi.org/10.5209/crla.69727>.

## 1. Historia de las mujeres en las ciencias y sociología de género disciplinar

Recuperar a las pioneras del trabajo social es un ejercicio de justicia epistémica que, además, puede contribuir a repensar la identidad profesional de la disciplina. No es casual que aquellas disciplinas históricamente feminizadas (probablemente también ocurra con la enfermería) tengan problemas de identidad profesional, si sus miembros reniegan y desprecian un pasado histórico con nombres y contribuciones de “madres” que idearon y configuraron su disciplina (Miranda, 2015). La amenaza del “desprestigio de feminización” forma parte de la sociología de género de las profesiones, así como los esfuerzos por compensar vía conocimiento “técnico” y olvido histórico; también, su otra cara: la revalorización conforme se van masculinizando. Ha ocurrido también con otras disciplinas, como la psicología o la sociología, que se han esforzado en borrar de su legado a sus pioneras, revistiendo de ausencia lo que ha sido un ejercicio motivado de olvido e ignorancia.

Como señala Nancy Tuana (2006), en una disciplina es tan importante lo que se conoce como lo que no, la producción de ignorancia. La ignorancia estructural respecto a mujeres o personas racializadas como sujetos de conocimiento científico (al tiempo que se las construye como objetos del mismo) ha tenido importantes consecuencias epistémicas (definir la objetividad como la subjetividad masculina, blanca, occidental) y políticas (el sexismo y el racismo teórico como justificación de políticas discriminatorias).

Por su parte, la historiografía feminista nos ha enseñado que los proyectos compensatorios de recuperar nombres de grandes mujeres y sus contribuciones son insuficientes; tenemos que re-escribir la historia en “sus propios términos”, *her-story* (Lerner, 1992). Frente al mito de la meritocracia científica, es necesario poner la historia en su contexto epistémico y social y analizar las experiencias y condiciones diferenciales por las que pasaron las pioneras por el hecho de ser mujeres, o ser mujeres negras (sin olvidar privilegios de clase). A lo largo de la historia de la ciencia, determinados colectivos han sido desacreditados como autoridades cognitivas, contruidos como no conocedores, al tiempo que se ha invisibilizado su resistencia. Por eso es importante recuperar el legado de tradiciones olvidadas, ya sean “femeninas” o “racializadas” (curanderas, sanadoras, pero también, reformadoras sociales).

En las ciencias sociales, las políticas de género han guiado las políticas de conocimiento: la exclusión de las mujeres del ámbito académico (con políticas universitarias que las prohibían estudiar o no las contrataban si lo hacían), las relegaba a espacios profesionales aplicados, desprestigiados por su feminización. Tanto la psicología como la sociología comparten una segregación sexual disciplinar: su cara

teórica, masculinizada, y legitimada para formar parte de los manuales de historia; y su parte práctica o aplicada, feminizada y excluida del reconocimiento (Deegan, 2000; García-Dauder, 2005; Lengermann y Niebrugge-Brantley, 1998). Con el tiempo, y un mayor afianzamiento de las disciplinas, la revalorización de lo aplicado ha venido acompañada del marchamo de masculinidad.

En psicología, la aplicación de test de inteligencia, una actividad desprestigiada por ser utilizada por mujeres en ámbitos educativos, se convirtió en lo “que colocó a la disciplina en el mapa de las ciencias”, tras ser masivamente aplicados durante la primera guerra mundial por los psicólogos varones para seleccionar reclutas (García-Dauder, 2005). En sociología, la estadística, actividad desprestigiada por ser utilizada en sus orígenes por científicas sociales, se revalorizó conforme se tecnificó y masculinizó. En ambos casos, borrando el rastro histórico de su uso por pioneras. “Nada ilustra mejor la maleabilidad de los significados de género que la transición durante el pasado siglo de la asociación femenina con el trabajo estadístico al lenguaje de hoy sobre ‘datos duros’ y ‘el dominio masculino de las ciencias duras’” (Gordon, 1995:171-172).

Trabajar en ámbitos aplicados imponía la interdisciplinariedad y, con ello, un doble motivo de olvido, por no saber en qué nicho disciplinar ubicar y reconocer a estas mujeres o sus obras. *Hull-House Maps and Papers* puede ser considerado como un trabajo de ciencia social, de ciencia de reforma social o como precursor de la sociología moderna (Branco, 2015). Sea como fuere, no es casual que no esté presente en los manuales como hito en ciencias sociales, o que no se haya traducido al español como texto imprescindible.

## 2. El subtexto de género en la construcción de un relato histórico enfrentado

La institucionalización del trabajo social, en tanto profesión y disciplina con formación y corpus teórico propio, se produjo como otras ciencias a finales del S.XIX y comienzos del S.XX (principalmente en Inglaterra y Estados Unidos, pero no solo). El trabajo social se asentó en dos movimientos sociales que intentaron responder a los problemas sociales y urbanos de la sociedad industrial: las sociedades para la organización de la caridad (*Charity Organization Societies*, COS) y los centros sociales o asentamientos (*settlements*). Ambas concepciones, el enfoque psicosocial y el de reforma social (o enfoque sociopolítico), el *case work* y el *social work*, han estado representadas por sus dos pioneras más influyentes: Mary Richmond y Jane Addams.

La construcción polarizada de ambas se ha utilizado en no pocas ocasiones como excusa para tomar distancia de una historia con “damas fundadoras”. Addams, demasiado unida a la reforma social como para ser teórica social; Richmond, demasiado religiosa, para ser fundadora del trabajo social científico. Addams, poco técnica; Richmond, poco comprometida con lo político. De forma demasiado insistente, se han presentado como dos visiones antagónicas o irreconciliables, obviando la confluencia en ambas del trabajo social y la política social, donde se aúna lo personal, lo organizacional, lo comunitario y lo legislativo (Branco, 2015; Lima y Verde, 2013; Miranda, 2015).

Richmond no solo actuó conforme a sus convicciones religiosas, también a partir de su elaboración científica, influida por el interaccionismo de George Mead y la idea del “yo ampliado” o “en situación”. En sus propias palabras (Richmond, 1930),

el diagnóstico social respondía más a una base sociológica que psicológica. A través de su trabajo en la *Child Labour Campaign* en Pensilvania, formuló el “ciclo de la reforma social” que unía en un doble círculo de ida y vuelta el trabajo de caso individual y familiar (la intervención directa “al por menor”) con la reforma social (procesos legislativos y políticas públicas) y de nuevo a lo micro para asegurarse de su implementación eficaz: “la mejora de masas y la mejora individual son interdependientes (...), la reforma social y el trabajo social necesitan progresar juntos” (Richmond, 1917, p. 25). Por su parte, la propia Jane Addams fue presidenta de la *National Conference of Charities and Corrections* de 1909-1915.

En definitiva, la historia del trabajo social es más compleja que el imaginario enfrentado entre dos mujeres, y no se puede permitir el lujo de avergonzarse de sus pioneras. La imposición cultural estadounidense también ha soslayado los antecedentes europeos de ambas: *Toynbee Hall* (1884), en Londres, Whitechapel, bajo la influencia de Samuel Barnett, y las primeras COS en Inglaterra (de 1870), extendiéndose a Estados Unidos posteriormente (Álvarez-Uría y Parra, 2014). No solo eso, en cierto modo se ha impuesto un relato de las pioneras del trabajo social como “sociólogas frustradas o desplazadas”<sup>2</sup>, obviando otras narrativas de la relación entre la sociología y el trabajo social, dentro de las ciencias sociales, según los contextos: no es lo mismo EE UU, que Inglaterra, Alemania, Francia o España (o Chicago que otros Estados).

Chambers (1986) ha señalado la particularidad del trabajo social, por la colaboración de varones y mujeres en una situación de relativa igualdad en el período de 1890-1920 (la llamada era progresista), y a diferencia de otras disciplinas como la psicología o la sociología (o incluso el magisterio o la enfermería, donde los puestos superiores estaban ocupados por varones). Según este autor, las pioneras trabajadoras sociales no solo ofrecían servicios, también lideraban investigaciones, escribían libros o artículos, dirigían departamentos o revistas, eran decanas de escuelas, presidían agencias sociales o gubernamentales o impulsaban cambios legislativos. En el contexto estadounidense, nombra a Ida Cannon, Mary Richmond, Zilpha Smith, en el trabajo social realizado desde la caridad y los hospitales; Jane Addams, Mary McDowell, Mary Simkhovitch, Lillian Wald, desde los centros sociales; Edith Abbott, Sophonisba Breckinridge, Mary Jarrett, Jessie Taft, en la formación académica; Lilian Brandt, Joanna Colcord, Josephine Goldmark, Alice Hamilton, Mary Van Kleeck, en investigación; Grace Abbott, Julia Lathrop, en administración pública; o Florence Kelley en agitación social y reforma.

Sí llama la atención el esfuerzo, desde sus comienzos, por dejar constancia histórica de las pioneras: en 1928, Breckinridge realizó una reseña en la *Social Service Review* del segundo volumen de un compilatorio de mujeres pioneras del “trabajo social y educativo” en Inglaterra (escrito por Margaret Tabor): la primera edición estaba dedicada a Elizabeth Fry, Elizabeth Blackwell, Florence Nightingale y Mary Slessor de Calabar; la segunda, recoge el trabajo de Hannah More, Mary Carpenter, Octavia Hill y Agnes Jones. Resulta interesante la confluencia de reformadoras sociales, enfermeras, maestras o bibliotecarias, las profesiones a las que las mujeres podían incorporarse de forma progresiva sin traicionar demasiado su rol (salvo Blackwell como médica). También, es remarcable el lugar que ocupan en los primeros

<sup>2</sup> Sobre todo, a partir de los trabajos de Deegan (2000) y Lengermann y Niebrugge-Brantley (1998) que las recuperan en el marco de la sociología feminista.

números de la revista las reseñas de obras relacionadas con la disciplina, escritas en su mayoría por mujeres y sobre libros de autoría femenina. Hay que recordar que, todavía en la década de los 20, muchas universidades prestigiosas cerraban sus puertas a mujeres.

No obstante, también se ha criticado que este relato dominante de una disciplina caracterizada por la igualdad se basaba más en la experiencia de Chicago, liderada por las hermanas Abbott y Breckenridge, que en lo que ocurría en otros contextos. Otro relato paralelo es el subtexto de género en la batalla del trabajo social por convertirse en una profesión: la aceptación de la disciplina, unida al profesionalismo, la racionalización y el cientificismo, fue a costa de de-feminizar el campo y, por ende, masculinizarlo (Cote, 2013). Era necesario quitarse de encima el “estigma de feminidad” del trabajo social, el imaginario de la visitadora de pobres o la dama de la caridad con su trabajo emocional, más que sistemático o eficaz. Convencer del estatus profesional y la experticia científica supuso minimizar la asociación de la disciplina con dicha sensibilidad femenina, así como la posibilidad de que derivara de ella algún tipo de conocimiento. Ello implicaba minimizar la historia de las mujeres en el campo (y añadir nombres de autores para contribuir a una mayor credibilidad) y enfatizar la limitada capacidad científica de sus pioneras que empañaba el profesionalismo. Junto a ello, una retórica de lo científico-técnico frente a lo emocional y una publicidad que atrajera a más varones (Cote, 2013). En 1916, la Escuela de Filantropía de Nueva York encuestó a diferentes organizaciones de la caridad: si bien, estaban conformadas en su mayoría por mujeres trabajadoras sociales, éstas estaban infra-representadas en posiciones ejecutivas o de investigación, realizaban más trabajo directo, y eran pagadas menos que los hombres (en Cote, 2013).

En 1920, dos tercios de las profesionales del trabajo social eran mujeres (Kessler-Harris 1982). Un siglo después, se puede decir que los porcentajes se mantienen, con diferencias según los contextos: el trabajo social se ha ganado la reputación de profesión “de mujeres”. Ello plantea interrogantes relacionados con la sociología de género de las profesiones: ¿hasta qué punto esta feminización estadística ha influido en la historia de la disciplina?, ¿se ha realizado desde una perspectiva de género o feminista?, ¿el trabajo social ha adquirido el estatus adquirido por profesiones de mayoría masculina?, ¿qué implicaciones epistémicas e históricas han tenido los esfuerzos por compensar el “desprestigio femenino”?

### **3. *Her-story*: Estrategias y negociaciones de género de las pioneras del trabajo social**

Se podría decir que la disciplina surgió de las necesidades y demandas sociales producto de la revolución industrial, pero también, de las consecuencias del patriarcado; hoy diríamos, de la intersección entre ambos. Las pioneras del trabajo social formaron parte de esa Nueva Mujer del S.XIX que se revolvía contra su destino doméstico (el “imperativo familiar” de Jane Addams) y reclamaba su lugar en la esfera pública, defendiendo no solo el voto femenino, sino también la educación superior para las mujeres y una profesión.

En 1913, Jessie Taft publicó su tesis *The woman movement from the point of view of social consciousness*, considerada la primera tesis escrita sobre el movimiento de mujeres en EEUU (Seigfried, 1993). Desde el interaccionismo simbólico de George

Mead, su director, Taft analizó los procesos implicados en la emergencia del movimiento feminista, enfatizando el papel de la “conciencia social de la mujer moderna”. Para ella, lo que motivaba al movimiento de mujeres iba más allá de la consecución del voto, o de otros cambios legislativos, políticos o económicos, tenía su raíz en los conflictos psicológicos de las mujeres entre sus deseos de emancipación y un “deber ser” que las recluía en el espacio doméstico (la “casa de muñecas” de Ibsen) con el único rol de esposas y madres. En un contexto de cambios industriales y urbanos, la ideología victoriana y la segregación sexual de esferas se empeñaban en conservar a la “mujer medieval” bajo un formol romántico. Lo que nos interesa aquí, es que Taft estaba describiendo las condiciones de emergencia de las pioneras del trabajo social. Como ella, con el cambio de siglo, muchas mujeres de clase media-alta encontraron en esta emergente disciplina una salida para sus aspiraciones laborales y de libertad. Junto a ello, anticipaba un planteamiento teórico sobre las consecuencias subjetivas de la opresión de género.

Las pioneras trabajadoras sociales pertenecieron a la primera generación de mujeres con estudios superiores en Europa y EEUU. En una época en la que médicos y científicos sociales teorizaban sobre el “no pueden” las mujeres estudiar, por su inferioridad mental: cerebros de menor tamaño o peso, o áreas cerebrales menos desarrolladas. O sobre el “no deben”: por ir contra natura, ya que la evolución de la especie llevaría a la diferenciación sexual, y, por ende, la igualdad sería regresiva en términos evolutivos; por su salud, según la teoría de la inversión útero-cerebro, el esfuerzo intelectual acarrea esterilidad; por amenaza de “suicidio racial”, si todas estudian, en una especie de “egoísmo biológico”, a la larga desaparecerá la raza (blanca); por motivos morales, la mujer con educación se viriliza (es una especie de invertida sexual); o razones económicas, según la teoría darwinista, las mujeres son menos variables, nunca llegarán a ser genios, se mantendrán en la mediocridad, para qué invertir en ellas (García-Dauder, 2005; Rosenberg, 1982; Rossiter, 1992).

Las pioneras afroamericanas recibieron el cruce del sexismo y el racismo científico, en un momento de profunda segregación racial, heredera del legado de la esclavitud, que colocaba a la mujer negra desde el imaginario hipersexual o de la *mammy* (criada doméstica). “¿Acaso no soy yo una mujer?” de Sojourner Truth muestra hasta qué punto “las mujeres negras difícilmente eran ‘mujeres’”, “degenerizadas” por sus propietarios o patronos bajo látigo (Davis, 2004: 16). El ideal victoriano de feminidad, con sus valores asociados, tenía claramente un trasfondo blanco de clase media. Las pioneras afroamericanas fueron modelos de una “nueva feminidad”, activistas por los derechos civiles y por la articulación del sufragio femenino y negro (Davis, 2004).

El conocimiento científico, por su parte, se había construido, vía Francis Bacon, asociado a los valores androcéntricos de objetividad, distancia, control y dominio (Keller, 1991). Como consecuencia de todos estos discursos, la mujer científica de la época era percibida como “una contradicción en sus propios términos” (Rossiter, 1992): como científica, era poco mujer; como mujer, poco científica. No obstante, las científicas sociales pudieron negociar sus identidades de género y profesionales a través de la reforma social, un ámbito tradicionalmente considerado como “femenino”. Por un lado, se esforzaron en remarcar el carácter científico de su profesión, para revalorizarla (ello implicaba mayor estatus y, en el caso de las remuneradas, mayor salario). Diseñaron el trabajo social como disciplina científica aplicada a los problemas sociales, influida por las teorías sociales del momento (las utopías socia-

listas, el marxismo, el pragmatismo o el interaccionismo simbólico, pero también la teoría feminista). Con ello, no solo se profesionalizaron (saltando a la esfera pública como mujeres independientes), sino que compensaban el desprestigio de una actividad feminizada, con un imaginario previo religioso o benéfico-asistencial.

Por otro lado, se aprovecharon de la ideología del “maternalismo” (Abrams y Curran, 2004; Nebreda, 2018) para justificar su “intrusismo” en la esfera pública. Curiosamente, el “rol maternal” (aunque muchas, conscientemente eligieron otro) ofrecía una justificación estratégica a las mujeres para trabajar fuera de casa, mientras la división sexual del trabajo las excluía de otras profesiones: como mujeres-madres tenían una “superioridad moral” y estaban particularmente capacitadas para trabajos estatales de cuidados a los más desfavorecidos. Tenían como aliados a algunos científicos sociales de la época (particularmente, del contexto de la Universidad de Chicago) que criticaron la cultura androcéntrica del *laissez faire* spenceriano y el individualismo competitivo. Lester Ward, George Mead, John Dewey o William Thomas, entre otros, insistieron en la mayor participación de las mujeres y los valores femeninos en la esfera pública, como antídoto frente al impersonal y depredador capitalismo industrial (Deegan, 2000; Rosenberg, 1982). Las pioneras, socializadas como mujeres, llevaron esos “valores femeninos” al campo de la intervención social, pero también al de la ciencia.

La historiadora Lillian Faderman (1999) ha descrito así esta colaboración entre ciencia y reforma que contribuyó a la profesionalización de la “Nueva Mujer”:

A comienzos del siglo XX, la *Hull House* y los centros sociales que siguieron sus pasos, dejaron de estar sustentados por voluntarias en búsqueda de una salida a sus vacías vidas de solteras de clase media y alta. Había emergido una nueva generación de mujeres profesionales –trabajadoras sociales y responsables de políticas públicas. Estaban muy bien formadas y tenían excelentes credenciales. Su experiencia en los centros sociales les condujo con frecuencia a un trabajo remunerado que no sólo les permitió expandir la reforma en el sector público, también les proporcionó un salario para su propio sustento. Pudieron convertirse en Nuevas Mujeres en un nuevo siglo que parecía abierto tanto a la reforma social como al rol profesional de las mujeres en ella (Faderman, 1999: 137).

Junto a este “feminismo cultural” (de la “diferencia” podríamos decir anacrónicamente), que servía para justificar la presencia profesional de las mujeres en la reforma social, coexistía un feminismo de “la igualdad”, donde las pioneras científicas sociales también utilizaron sus conocimientos para desmontar mitos sobre la inferioridad de las mujeres y su lugar “natural” en la sociedad. De hecho, introdujeron una particular mirada social, crítica e interdisciplinar, cuando de grupos oprimidos se trataba (por ejemplo, las tesis sociales de Frances Kellor rebatiendo la teoría atávica de Lombroso sobre las mujeres delincuentes). Junto a ello, fueron muy conscientes de su posición de clase, y utilizaron la investigación social para paliar las terribles consecuencias de la revolución industrial: la pobreza y la marginación.

A finales del S.XIX, Zilpha Smith, asistente de dirección de la Boston School of Social Workers, escribió “The board and the paid worker”, un artículo sobre el profesionalismo, el salario y su intersección con el género. Defensora, como Jane Addams, del trabajo altruista en los centros de reforma social, cambió su postura, no solo defendiendo la independencia que el salario otorgaba a mujeres sin recursos,

sino también la igualdad salarial ante el mismo trabajo de reforma. En todo caso, y como ella misma señalaba, el debate sobre si una mujer debería vivir sin un salario en el trabajo de reforma, no tenía lugar en el caso de los hombres (en Cote, 2013). Si se defendía el trabajo no remunerado en los centros, solo las mujeres de clase media-alta podrían ser trabajadoras sociales. Frente a la crítica de que el proceso de profesionalización asalariada trajo consigo un enfoque más técnico, individual y distanciado del trabajo social, es preciso tener en cuenta que aquellas que lo defendieron (como Richmond) no provenían de familias adineradas (Lima y Verde, 2013).

Mezcla de este feminismo “estratégico” entre igualdad y diferencia fue también la lucha de las trabajadoras sociales por una legislación que protegiera *particularmente* a las mujeres y los niños trabajadores. Si bien se podría argumentar que mantenían una postura condescendiente o maternalista con las trabajadoras, contraria a la igualdad de derechos, se trataba más bien de una mayor conciencia de las condiciones especialmente vulnerables de las obreras de la época. Una conciencia, por cierto, fruto de sus investigaciones empíricas. Además, no solo luchaban por leyes de protección especial para las trabajadoras, también promovían su conciencia y lucha colectiva desde los sindicatos (Chambers, 1986). A la par que defendían la autonomía personal del trabajo fuera de casa para las mujeres de clase media-alta, luchaban frente a la explotación laboral de las trabajadoras, particularmente en empleos como el doméstico, en las fábricas, en los talleres de confección, etc. (García-Dauder y Pérez Sedeño, 2017).

Con todo ello, no solo reclamaban la profesionalización de las actividades de reforma, llevadas a cabo en su mayoría por mujeres (frente a la caridad y la filantropía religiosa), sino que luchaban frente a la desigualdad social y la explotación laboral (de niños, mujeres, migrantes y otros colectivos excluidos). De dicha intersección surgieron cambios sociales urgentes, pero también, un corpus de conocimiento propio: una propuesta pragmática epistemológica y metodológica desde la interdisciplinariedad de las ciencias sociales y, en muchos casos, desde una perspectiva feminista.

En este contexto epistémico y social surgió la disciplina del trabajo social, y desarrollaron carreras sus pioneras. En dicho marco, los centros sociales, puntos de encuentro entre la universidad y la calle (producto de la segregación sexual de esferas en el ámbito académico), se convirtieron en un lugar privilegiado para aunar teoría y práctica, desarrollar formas de conocer desde las necesidades de transformación social, “epistemologías vecinales”, al servicio de la igualdad y la justicia social (García-Dauder y Pérez-Sedeño, 2017). Como feministas, transformaron las ciencias sociales, desde un particular engarce entre activismo, práctica profesional y universidad-academia.

Se podría interpretar que tomaron un camino autónomo respecto a la sociología, cuando advirtieron que sus teóricos priorizaban el conocimiento de la realidad social sobre su transformación. Para algunos sociólogos, los centros sociales eran “experimentos sociales o laboratorios”, y no espacios para transformar desde dentro la desigualdad en los barrios (Deegan, 2000). En ese sentido, Jane Addams y la *Hull House* se mantuvieron parcialmente al margen de la universidad y de sus patrimonios disciplinares. También se podría interpretar que el patriarcado académico las expulsó de la sociología y las dirigió a la profesionalización de la reforma social o del trabajo social individualizado (Deegan, 1981; 2000; Lengermann y Niebrugge-Brantley, 1998). Algo que encaja con la trayectoria de Edith Abbot o Jessie Taft. Otras, como Sophonisba Beckinridge, renegaron del “fantasma del pasado socio-

lógico”, reivindicando la independencia del trabajo social, algo que indirectamente alejó a las mujeres de la teoría sociológica (Coghlan, 2005; MacLean y Williams, 2012). Lo que sí está claro es que, desde ahí, no solo diseñaron el trabajo social como disciplina sino que transformaron la teoría social y el propio concepto de investigación científica, gracias a su conciencia pragmatista feminista. Lo mismo se podría decir de las científicas sociales afroamericanas, solo que ellas enfrentaron y resistieron discriminaciones dobles, como mujeres y como negras, en un país que venía de una guerra civil para abolir la esclavitud: investigar o trabajar desde los centros u otras organizaciones para combatir el racismo, la segregación racial y la violencia, fue su prioridad (Carlton-LaNey, 1999).

#### 4. Patriarcado académico y segregación sexual/disciplinar en Chicago

A diferencia de las principales universidades estadounidenses, la Universidad de Chicago aceptó desde sus comienzos a estudiantes mujeres, debido a necesidades de financiación. Muchas mujeres con ideales reformistas encontraron en la ciudad de Chicago y en su universidad un espacio para la formación y para la transformación social (Rosenberg, 1982). La ciudad estaba en plena ebullición industrial, con una amplia población pobre y migrante, con unas condiciones laborales y de salud pública deplorables. Como decíamos, no sólo trabajo de reforma e investigación científica se fundieron en muchas de estas estudiantes, además muchas encontraron en la ciencia un instrumento con legitimidad para trascender los vínculos culturales que limitaban su libertad por su sexo.

En dicho contexto, en 1892, el Presidente (Rector) de la Universidad de Chicago, William Rainey Harper, creó el primer “Departamento de Ciencias Sociales, Antropología y Ciencia Sanitaria”. Su principal objetivo: crear “un centro de conocimiento avanzado y contribuir a la mejora de la sociedad, proporcionando investigación y acción para la solución de problemas sociales” (Diner, 1975: 515). Dicho departamento estuvo formado en su constitución por cuatro miembros fundacionales: Albion Small, Frederick Starr, Charles Henderson y, una mujer, Marion Talbot (contratada como profesora de Ciencia Sanitaria y más tarde como “decana de mujeres” en la universidad).

En 1892, las mujeres comprendían el 40% del alumnado; una década después, el número sobrepasaba al de varones (Rosenberg, 1982). Esta “avalancha” de matriculaciones femeninas fue percibida como una amenaza. La educación mixta, que había contribuido a su financiación, ahora amenazaba con el descrédito de la feminización. “Cundió el pánico”, el miedo a que un proyecto de universidad avanzada se convirtiera en “una escuela de enaguas”. Como consecuencia, en 1902, Harper construyó un *college junior* sólo para mujeres, segregando así la educación universitaria en función del sexo.

Los profesores pro-segregación afirmaban que la educación mixta solo se justificaba por necesidades económicas, y, resuelto el problema, ya no era necesaria. Además, desanimaban a los estudiantes varones a ingresar en la universidad y frenaban los esfuerzos por crear un centro de investigación prestigioso. Aunque defendían la educación de las mujeres y aplaudían su trabajo en la reforma social, pensaban que sus “particularidades especiales” imponían una instrucción única y segregada de los varones (Rosenberg, 1982). Para una minoría –entre ellos John Dewey o George

Mead-, la medida de segregación constituía un error. Marion Talbot, miembro de la *Association of Collegiate Alumnae (ACA)*<sup>3</sup> creada para defender los derechos de las estudiantes mujeres, movilizó una campaña frente a la medida discriminatoria. Pero fue en vano.

Una medida más sutil, pero que también contribuyó al propósito de la segregación sexual de Harper, fue la segregación disciplinar a través de la especialización. En los comienzos de la universidad, las fronteras disciplinarias permanecieron poco definidas; filósofos, psicólogos y antropólogos colaboraban y publicaban indistintamente en especialidades diversas. Pero la creencia de que la especialización contribuía al avance científico, supuso la transformación de los departamentos originales, contribuyendo de paso a la segregación sexual dentro de la universidad (Rosenberg, 1982; Rossiter, 1992). La ciencia sanitaria se separó del departamento de sociología y se creó, en 1904, un nuevo departamento “feminizado”, de menor estatus y recursos: “Economía Doméstica”–*Home Study*-, donde terminaron profesoras como Marion Talbot, Sophonisba Beckinridge o Annie MacLean.

Por otro lado, en 1920 se adscribió a la universidad la *Chicago School of Civics/Philanthropy (CSCP)* denominándose en su nuevo emplazamiento la *School of Social Service Administration (SSSA)*, con Edith Abbott como decana. Como veremos, la creación de la Escuela implicó un progresivo distanciamiento entre mujeres reformadoras y varones académicos que, desde la teoría social, habían colaborado conjuntamente. De forma progresiva, las actividades de reforma se iban escindiendo de la sociología, desde su fundación como parte imprescindible de la misma. Con ello, se reforzaba la segregación sexual vertical y horizontal: una masculinizada sociología teórica y abstracta, con prestigio académico –a cuya profesionalización accedieron muy pocas mujeres como consecuencia de las políticas discriminatorias; y su cara práctica, desde los ámbitos de reforma, feminizada y desprestigiada, convertida en trabajo social (Deegan, 2000).

Por un lado, a las estudiantes, socializadas en la “ética del cuidado”, les atraían más las actividades de reforma, el trabajo social, que la sociología teórica. Por otro, las que se graduaban en sociología, terminaban igualmente en profesiones relacionadas con la reforma, en centros sociales o en agencias gubernamentales. Si continuaban en la universidad, era en puestos marginales a tiempo parcial, o bien en *colleges* de mujeres (en Wellesley como Emily Green Balch; en Vassar como Lucy Salmon o en Barnard como Elsie Clews Parsons).

Como decíamos, la frustrante trayectoria de Jessie Taft es un buen ejemplo de ello. Tras doctorarse en Chicago, con una tesis de teoría sociológica, al más puro interaccionismo simbólico feminista, tuvo que trabajar en actividades de reforma (en reformatorios, gracias a la ayuda de Marion Talbot) y durante años intentó sin éxito encontrar un empleo académico en sociología. Finalmente, en 1934, terminó contratada en la Escuela de Trabajo Social de la Universidad de Pensilvania –casi dos décadas después de terminar su doctorado. Estos cambios profesionales influyeron en sus desplazamientos teóricos y prácticos: se convirtió en una líder del trabajo social, representante de la escuela funcional, desarrolló una versión particular de la

<sup>3</sup> La ACA se fundó en Boston en 1882, con el objetivo de defender a las mujeres de las discriminaciones que experimentaban en las universidades. De entre sus proyectos más importantes, la elaboración de estadísticas para desmontar la idea de que la educación superior ponía en riesgo su salud reproductiva y, por otro lado, financiar becas para que estudiantes brillantes pudieran costearse sus estudios de doctorado y formarse en Europa (Rossiter, 1992).

“sociología clínica” y fue reconocida por su colaboración con Otto Rank, de quien fue traductora y biógrafa (Deegan, 1986; García-Dauder, 2009). “Estaba atrapada en una situación donde las mujeres sociólogas experimentaban cómo su poder disminuía en la disciplina mientras las trabajadoras sociales estaban ganando legitimidad como profesión” (Deegan, 1986: 34).

Ante este contexto epistémico y de género, una fuente importante de generación de empleo fue la red de mujeres creada desde las conexiones entre la Universidad de Chicago (vía Marion Talbot decana de mujeres), la *Hull House* (el centro social liderado por Jane Addams) y la *Association of Collegiate Alumnae* –ACA- (Deegan, 2000). Fruto de dicha colaboración, surgió la denominada “Escuela de Chicago de Mujeres” de la que formaron parte, entre otras, Jane Addams, Marion Talbot, Florence Kelley, Annie M. McLean, Jessie Taft, Julia Lathrop, Frances Kellor, Edith Abbott, Sophonisba Beckinridge o Grace Abbot (Deegan, 1981; 2000; Lengermann y Niebrugge-Brantley, 1998). Si bien se la ha etiquetado como “escuela sociológica”, sería más acertado nombrarla como interdisciplinar, y a sus integrantes como científicas sociales.

## 5. Los centros sociales como cantera de científicas sociales

Para explicar la constitución de la “Escuela de Chicago de Mujeres”, en donde se formaron buena parte de las pioneras del trabajo social, es necesario hablar de los orígenes de la *Hull House* y de Jane Addams. En 1889, tres años antes de que se creara el primer departamento de Sociología en la Universidad de Chicago, Jane Addams y Ellen Gates Starr fundaron el centro social de la *Hull House* en uno de los barrios más pobres y con mayor población marginal y migrante de Chicago. De la inagotable actividad de reforma de este centro habitado y gestionado por mujeres, salieron un gran número de investigaciones cuantitativas y cualitativas que provocaron importantes cambios sociales y legislativos.

Previo a la creación del centro, Jane Addams visitó Europa y pudo conocer de primera mano la experiencia de *Toynbee Hall*, fundado por Henrietta y Samuel Barnett en 1884, en Whitechapel, Londres, con el objeto de luchar frente a la pobreza y romper las barreras sociales. Inglaterra ya tenía Organizaciones Sociales de la Caridad, y el trabajo de reforma de Octavia Hill o de Helen Bosanquet era reconocido. En Londres, Addams no solo conoció el movimiento de los centros sociales o de las COS, sino la obra de los socialistas fabianos, en concreto, de los Webb. Beatrice Potter (luego Webb) participó en *Life and Labour of the People in London* de Charles Booth, con sus encuestas sociales y publicó, junto con Sidney, *Industrial Democracy*, una exploración del sindicalismo británico, mezcla de datos empíricos y teoría social. Esta “trabajadora mental”, como ella se llamaba, fundó junto a su marido la *London School of Economics*, donde pudo estudiar Edith Abbott. Su libro *My Apprenticeship*<sup>4</sup> fue una de las primeras obras referenciada en la *Social Service Review* por Florence Kelley (como texto clave para la formación en trabajo social). Hacemos este inciso porque la “sociología aplicada” de Webb fue inspiración tanto para Jane Addams (que la cita en *Hull House Maps and Papers*) como para otras integrantes de la Escuela de Chicago (Lengermann y Niebrugge-Brantley, 1998).

<sup>4</sup> Recomendamos la traducción de “Diario de una chica trabajadora” (Webb, 1888).

A la vuelta de Europa, como decíamos, Jane Addams fundó la *Hull House* en Chicago y dio un cambio radical a su vida. Más tarde, se unieron otras mujeres como residentes, y el centro se amplió con varios edificios, gracias a la financiación de mujeres pudientes y a la eficaz gestión de su fundadora. La *Hull House* contaba con cuatro tipos de programas: educativos, (inter)culturales, político-sindicales y cívicos (Addams, 1892). Se convirtió en un centro neurálgico donde confluían diferentes grupos políticos: sindicalistas, anarquistas, socialistas y asociaciones de mujeres; con diferentes servicios sociales: acogida a mujeres maltratadas y abandonadas, bajos alquileres, guarderías, cooperativas, comedores públicos, una biblioteca, grupos de estudio, etc.; y para la lucha de diferentes causas sociales y políticas: pobreza, explotación laboral, trabajo infantil, situación de mujeres y minorías étnicas, etc.

Estas mujeres formaron un grupo central que vivía en el centro [en la *Hull House*], escribieron juntas, recogieron estadísticas, investigaron fábricas e industrias, realizaron inspecciones de salud, examinaron condiciones sanitarias, presionaron para reformas legislativas y políticas, y se organizaron para la mejora social en su congestionado distrito inmigrante y de clase trabajadora. (...) Addams fue la líder carismática que traducía los “hechos” en lenguaje cotidiano, articulando los problemas y necesidades de la comunidad, y formando ideales americanos y pensamiento social (Deegan, 2000:6).

Desde el centro, Jane Addams estableció una red de contactos con otras mujeres implicadas en la reforma social y en las ciencias sociales; fundamentalmente con estudiantes y profesoras de la Universidad de Chicago, y con residentes de la *Hull House* que hacían investigación desde el propio vecindario. La red Universidad de Chicago-ACA-*Hull House* funcionó para conseguir la educación superior y la independencia económica de muchas mujeres. Talbot y Addams se convirtieron en figuras clave en esta comunidad de reformadoras y universitarias, en una especie de orientadoras laborales para mujeres estudiantes y orientadoras académicas para mujeres reformadoras de Chicago (Rosenberg, 1982).

La Escuela de Chicago de Mujeres de Sociología es nuestro término para una red de mujeres que trabajaron en colaboración para producir un cuerpo de sociología uniendo teoría social, investigación sociológica y reforma social. Trabajando fundamentalmente desde dos centros: la *Hull-House* y la Universidad de Chicago, entre 1889 y 1920, hicieron sociología en un contexto compartido de ideas y acción, en el cual mujeres apoyaban a otras mujeres en el paso hacia la vida pública (Lengermann y Niebrugge-Brantley, 1998: 229).

Investigar en relación, “viviendo como vecina en los barrios”, desde la experiencia directa y con la responsabilidad de utilizar los datos para la mejora social de la gente, respetando su punto de vista, fue la propuesta epistemológica de Addams y del centro. A diferencia del individualismo y la especialización académicos, sus integrantes trabajaron conjuntamente y desde equipos multidisciplinares (había especialistas en derecho, economía, sociología, trabajo social, etc.). Apostaron por los trabajos empíricos y se convirtieron en pioneras de los trabajos estadísticos, recolectoras de datos, utilizaron encuestas sociales, entrevistas, observación participante, mapas y fotografías, análisis de leyes, etc.; todo ello para conseguir la información

suficiente sobre la que demandar cambios sociales. Dada la sospecha de un problema social, recogían datos para documentar que ese problema existía y emprendían una política de acción social basada en esa evidencia, para demandar cambios y resolver ese problema (Deegan, 2000). Como fruto de sus actividades, se publicó un extenso estudio sobre el vecindario de la *Hull House: Hull-House Maps and Papers: A Presentation of Nationalities and Wages in a Congested District of Chicago, Together with Comments and Essays on Problems Growing out of the Social Conditions* (Hull House Residents, 1895). Dentro del libro, destacamos la investigación cartográfica, “los mapas a color contra la injusticia urbana” (Font-Casaseca, 2016) que presentaban, vivienda a vivienda, la etnicidad y los ingresos familiares de los vecinos del barrio. Un trabajo olvidado, por colectivo (su autoría son “las residentes”), por interdisciplinar o por ser firmado mayoritariamente por mujeres. Pero que podría ser considerado como una de las investigaciones más innovadoras en ciencias sociales.

Mientras en la Universidad de Chicago se segregaba la sociología teórica masculina del trabajo social femenino, en la *Hull House* se confundían teoría e investigación sociológica con reforma socio-política, e incluso con una nueva forma de vivir y relacionarse: las tres R (en inglés): *Research, Reform, Residence* -Investigación, Reforma y Residencia- (MacLean y Williams, 2012). Para científicos sociales varones, el centro representaba un laboratorio donde acudir para demostrar sus “grandes teorías” (Deegan, 2000). En parte por ello, Addams rechazó la anexión de la *Hull House* a la universidad y se decantó por la reforma social, renunciando al prestigio que suponía la alianza académica (Deegan, 2000). Para las integrantes del centro, influidas por el pragmatismo, las actividades de investigación no tenían valor por sí mismas, sino en cuanto posibilitaban transformaciones sociales (de ahí la ética de los datos sociales y su énfasis en la accesibilidad, mediante informes o soportes visuales). Como Edith Abbott escribió: “por debajo del hambre y la sed de conocimiento están el hambre y la sed del servicio humano” (1948: 419).

Utilizaron la ciencia al servicio de sus objetivos de reforma y a partir de ahí construyeron teorías “situadas y parciales” desde la experiencia social directa (su voz normalmente aparecía en sus narrativas). En palabras de Addams (1912/1990: 176): “el centro se lleva de lo concreto a lo abstracto”. Y siempre apelando a la acción y responsabilidad colectiva (a la organización ética de las relaciones sociales), para compensar el sufrimiento humano producto de la industrialización (Lengermann y Niebrugge-Brantley, 1998).

En esta combinación ciencia-mujeres-reforma, la ciencia no podía permanecer inmune a los valores asociados a “lo femenino” y a las actividades de reforma. El individualismo, el universalismo, la objetividad “rígida”, el distanciamiento sujeto-objeto o la competitividad, se transformaron a través de la ética investigadora de estas científicas en valores comunitarios, relacionales, cooperativos, comprometidos y situados. Hoy podríamos decir que llevaron a cabo una “epistemología vecinal y cooperativa” que generaba conocimiento riguroso desde los barrios y desde el activismo, más que desde la universidad; o que compartieron, en sus investigaciones y teorías, un análisis interseccional del sufrimiento humano y de sus causas sociales (García-Dauder y Pérez Sedeño, 2015).

Aparte de centros sociales como la *Hull House*, en esta red profesional de científicas fueron clave otras organizaciones sociales y agencias gubernamentales que las emplearon: como la *Consumers' League* (que presidió Kelley, pionera en las etiquetas de consumo responsable, otorgadas a productos fabricados en condiciones

laborales y de salud dignas y seguras); la *Immigrants' Protective League* (donde trabajaron Breckinridge, Lathrop y Grace Abbott y que protegía a los migrantes frente a las agencias de trabajo temporal) o el *Children Bureau* (presidido por Lathrop y luego por Grace Abbott, uno de cuyos principales objetivos fue la eliminación de la explotación laboral en la infancia y la obligatoriedad de la escuela), etc. Algunas como Kelley, Kellor o MacLean estuvieron empleadas en agencias estatales como inspectoras de fábricas o en comités que supervisaban las condiciones de salud laboral (Lengermann y Niebrugge-Brantley, 1998).

En otros trabajos ya hemos desarrollado las aportaciones de las pioneras de la Escuela de Chicago al pensamiento sociológico, en concreto a la *American Journal of Sociology* (García-Dauder, 2010), o a la sociología del trabajo, con especial énfasis en la vida y obra de Jane Addams y el papel de la *Hull House* en el movimiento laboral (García-Dauder y Pérez Sedeño, 2015). También hemos profundizado en la trayectoria particular de Jessie Taft, uniendo pensamiento feminista, interaccionismo simbólico y trabajo social clínico (García-Dauder, 2009). Por ello, y teniendo en cuenta la literatura existente en castellano sobre las pioneras del trabajo social, tanto en Estados Unidos, como en Europa y España (Lima y Verde, 2013; Miranda, 2004; Morales, 2010; Munuera, 2012; Nebreda, 2018), nos vamos a centrar aquí en la obra de Edith Abbott y Sophonisba Breckinridge, por su papel en la institucionalización académica del trabajo social (de un particular modelo, asociado a la reforma social), pero también por sus investigaciones comprometidas e interseccionales; y en el trabajo olvidado de las trabajadoras sociales afroamericanas, analizando el papel (y los límites) de los centros sociales en mejorar las condiciones de la comunidad negra.

## **6. Breckinridge y Abbott: la institucionalización del trabajo social y los “fantasmas del pasado sociológico”**

El desarrollo de los límites disciplinares y su profesionalización en las ciencias sociales, particularmente la sociología y el trabajo social, se puede analizar a partir de las circunstancias que rodearon la fusión en 1920 de la Chicago School of Civics and Philanthropy (CSCP) con la Universidad de Chicago. Más allá de esa fecha, es interesante atender al proceso mediante el cual las identidades de sociólogas de centros sociales se fueron transformando en trabajadores sociales. Y en concreto hacerlo en las figuras de Edith Abbott y Sophonisba Breckinridge, pertenecientes a la segunda generación de reformadoras sociales (tras sus mentoras Jane Addams o Julia Lathrop) y que contribuyeron a la institucionalización académica del trabajo social.

Como ya hemos analizado, la sociología y el trabajo social comparten raíces en la reforma social, en los asentamientos sociales, pero también en el interaccionismo simbólico y el pragmatismo feminista. “El fantasma del pasado sociológico” ha acompañado inevitablemente a la disciplina del trabajo social, como sociología aplicada que junta teoría con acción para resolver problemas sociales (Maclean y Williams, 2012). En ese contexto borroso, se creó en 1903 la CSCP, presidida por el reformador Graham Taylor y donde impartían clases Jane Addams o Julia Lathrop. El objetivo de la Escuela era formar a trabajadoras del servicio social y conducir investigaciones sobre problemas sociales surgidos de la industrialización. La CSCP fue mucho más que un precursor de lo que se convertiría en un departamento académico de trabajo social; fue una forma temprana de práctica sociológica basada en la

comunidad (Maclean y Williams, 2012). La mejor forma de formarse era mediante la residencia en los centros (como la *Hull House*); a partir de los intercambios cotidianos con el vecindario, surgían programas de acción social y teorías sociales interpretativas. La *Hull House* y sus proyectos se convirtieron así en un terreno disputado del cual surgieron las disciplinas de la sociología y el trabajo social (Maclean y Williams, 2012). La Escuela reclutó una segunda generación de científicas sociales, entre ellas, Edith Abbott y Sophonisba Breckinridge. Bajo su tutela, formaron a alumnas para trabajar en las agencias gubernamentales y conducir investigaciones bajo su auspicio.

Sophonisba Preston Breckinridge se graduó en Wellesley en 1888, estudió Derecho en la oficina de su padre y ejerció la abogacía en Kentucky. En una visita a Chicago, Marion Talbot le animó a hacer un doctorado en Ciencia Política en Chicago, donde se doctoró en 1899. Ante su difícil situación económica, Talbot la contrató más tarde para varios trabajos, como ayudante de decana y como docente en Economía Doméstica. En 1904, Breckinridge se convirtió en la primera mujer en lograr un doctorado en Derecho en la Universidad de Chicago. Fue en 1908 cuando se trasladó a la *Hull-House* como residente y comenzó a trabajar con Edith Abbott en la CSCP (Deegan, 1991).

Edith Abbott, por su parte, también fue una figura puente entre la Universidad de Chicago y la *Hull House*. Graduada en la Universidad de Nebraska (1901), consiguió una beca para estudiar Economía Política en la Universidad de Chicago, donde se doctoró en 1905. En 1906 estudió en la *London School of Economics* con Beatrice Webb. Tras esta estancia, enseñó Economía un año en *Wellesley College* (en el Departamento de Económicas y Sociología, junto con Emily Greene Balch). En 1908, volvió a Chicago para trabajar en la CSCP y vivir en la *Hull-House* (Deegan, 1991). Publicó su tesis, *Women in Industry*, en 1910 y en 1913 Albion Small la contrató como profesora a tiempo parcial de “Métodos de Investigación Social” en el Departamento de Sociología de la Universidad de Chicago. Permaneció en este departamento y en la CSCP hasta 1920, cuando la escuela pasó a formar parte de la Universidad, convirtiéndose en la nueva decana de la *School of Social Service Administration*. De esta forma, junto con Breckinridge, ayudó a establecer el trabajo social como ocupación académica, fundando ambas en 1927 la *Social Service Review* (Deegan, 1991).

Nos vamos a centrar en sus aportaciones a la investigación social y a la teoría sociológica feminista, pero no solo. Como integrantes de la Escuela de Chicago, analizaron cómo los cambios sociales producto de la industrialización afectaban a las mujeres. Pero el género no siempre fue la principal variable en sus trabajos. Posteriormente, analizaremos su papel en la formación e institucionalización del trabajo social en Chicago.

Las primeras publicaciones de Breckinridge fueron en colaboración con Marion Talbot en el campo de la economía doméstica. Aparte de su militancia sufragista y su apoyo a los sindicatos de mujeres, gran parte de sus investigaciones se centraron en las mujeres. En *New Homes for Old* (1921) abordó las dificultades de las mujeres migrantes en Estados Unidos; y en *Marriage and the Civic Rights of Women* (1931), los efectos de la legislación sobre los derechos de las mujeres, particularmente, la relación entre el estatus marital y la ciudadanía en mujeres casadas con extranjeros. *Women in the Twentieth Century* (1933) analizaba la participación de las mujeres en la sociedad en tres ámbitos: las organizaciones voluntarias, los clubs de mujeres, el mercado de trabajo y el gobierno (Lengermann y Niebrugge-Brantley, 1998).

Edith Abbott dominaba los métodos de estadística y de encuesta más avanzados. De su trabajo en solitario, destacamos sus investigaciones sobre las condiciones laborales de mujeres y niños. En 1908 publicó “A Study of Early History of Child Labor in America”, un artículo histórico (acompañado de datos) donde analizaba los orígenes y la consolidación del trabajo infantil. Según esta autora, sus orígenes se asociaban a tres fenómenos: la actitud colonial hacia el trabajo infantil, la prevención filantrópica de que los niños pobres estén en la calle y las ideas puritanas sobre las virtudes de la industria y los vicios de la holgazanería. Denunciaba que, con las máquinas, el trabajo infantil se convirtió en más provechoso y barato que el adulto, pasando a ser un recurso nacional. Abbott subrayaba los problemas de la falta de regulación sobre horas de trabajo, nocturnidad, peligrosidad de las máquinas, etc. Un año más tarde, escribió “Women in Industry: The Manufacture of Boots and Shoes”, un artículo donde analizaba el papel de las mujeres en la manufactura de zapatos, la división sexual del trabajo en su confección y los cambios históricos que se habían producido en comparación con la industria textil (dos años antes había escrito sobre las cigarreras también). En 1910, publicó su tesis *Women in Industry* una investigación más exhaustiva sobre las mujeres en diferentes sectores industriales: la ropa, la imprenta, el algodón u otras fábricas.

Ambas, Breckinridge y Abbott, en solitario o conjuntamente, escribieron varios trabajos (libros y artículos) sobre la delincuencia infantil y las consecuencias sociales, familiares, educativas y laborales de la inmigración. No obstante, nos gustaría recuperar (por su triste vigencia actual) sus investigaciones sobre las condiciones de vivienda en Chicago, recogidas en *The Tenements of Chicago, 1908-1935* (de 1936). Más allá de dicho libro, fruto de 25 años de investigación (en colaboración con sus estudiantes), nos vamos a detener en una serie de artículos que ambas publicaron en la *American Journal of Sociology*, donde abordaron los problemas de vivienda en Chicago y su relación con la pobreza. El primero, de 1910, tenía el título “Chicago Housing Problem: Families in Furnished Rooms”. Los tres siguientes contienen los subtítulos “Back of the Yards” (1911), “The West Side Revisited” (1911) y “South Chicago at the Gates of the Steel Mills” (1911).

En el primer estudio describían las “furnished rooms”, basándose en las observaciones sistemáticas realizadas en sus visitas. Se trataba de habitaciones-piso amuebladas que se alquilaban semanalmente a familias con hijos o a trabajadores. La mayoría de estos “pisos” eran cuartos de viejas mansiones abandonadas de gente acomodada, utilizadas y mal-adaptadas para gente pobre. En el texto se detallan las condiciones sanitarias de estas infraviviendas y la falta de privacidad de sus habitantes. Para ello, se incluyen descripciones verbales, perfiles estadísticos, mediciones de las casas, análisis de legislación sobre vivienda, fotografías y un mapa de Chicago por distritos donde se identifican, al estilo *Hull House Maps and Papers*, las zonas de mayor acumulación de estas “habitaciones-piso”. Al final, Abbott y Breckinridge denunciaban los problemas sociales que generaba la concepción del alquiler como negocio y describían, con varios casos, el “patrón” de familias con dificultades económicas que terminaban en este tipo de viviendas. Se trataba, una vez más, de un artículo crítico que demandaba mejoras sociales, entre ellas, más inspecciones e inspectores, mayor número de desinfecciones y que se cumpliera con lo ya legislado (por ejemplo, el número y condiciones de los baños). Ambas terminaban concluyendo que era necesario cambiar las condiciones degradantes de la vivienda para poder asistir adecuadamente a las familias (1910: 308).

En “Back of the Yards” describían las viviendas en los descampados entre los mataderos y el vertedero de Chicago: la matanza, los desperdicios, el olor hacían muy desagradable la habitabilidad en estas casas, pero para familias inmigrantes con pocos recursos y sin dominar el inglés, su única opción era vivir cerca de su trabajo. En “The color line in the housing problem”, Breckinridge (1913) analizó cómo la raza se marcaba sobre la clase en la discriminación en la vivienda: hombres negros ricos o pobres experimentaban prácticas abusivas y la presión de vivir en comunidad, ante la amenaza de la violencia blanca.

Nos parecía pertinente reconocer la contribución de Abbott y Breckinridge a la investigación social, destacar su rigurosidad e innovación metodológica. No obstante, han sido reconocidas más por su papel en la institucionalización del trabajo social, en concreto, en la educación profesional científica a través de sus manuales y la socialización de sus estudiantes (Muncy, 1990). Destacar también su labor como editoras de la *Social Service Review* donde, desde sus primeros números, no solo reconocieron las contribuciones de otras científicas sociales (a través de sus reseñas), sino que visibilizaron la situación del trabajo social en países como Alemania o Francia.

Como decíamos, en 1920, la Universidad de Chicago absorbe la CSCP, por necesidades financieras de la Escuela y por presiones hacia la profesionalización del trabajo social. Las negociaciones con la Universidad las llevó a cabo Breckinridge (Muncy, 1990). A pesar del profesorado común, la Escuela no se anexionó al Departamento de Sociología, sino a la School of Commerce and Administration (en un primer momento). Cuatro años más tarde, contaba con un programa graduado independiente: la Escuela de Graduados de Administración del Servicio Social -la SSSA por sus siglas en inglés- (Maclean y Williams, 2012).

En ese momento, la Universidad de Chicago estaba dando un giro teórico. Aunque científicos sociales como Mead o Thomas habían realizado trabajo de reforma y colaborado con las pioneras; una segunda generación, encabezada por Park y Burgess, con la complicidad de Albion Small, proyectaron una sociología neutra, abstracta y objetiva, alejada del trabajo que se realizaba desde los centros, curiosamente tachado de “religioso” y femenino (Deegan, 2000). En ese contexto, Abbott y Breckinridge entendieron que la CSCP no debía adscribirse al Departamento de Sociología: el trabajo de sus integrantes, a pesar de basarse en investigaciones rigurosas, no solo se convertiría en un apéndice sociológico, sino que sería desvalorizado y recibido con hostilidad (Muncy, 1990). De hecho, dicho departamento se había mostrado reticente a contratar a Abbott y Breckinridge. Esta tensión entre sociólogos “científicos” y aplicados (ya dentro del trabajo social) se vio reflejada en el rechazo explícito de Breckinridge a la etiqueta de socióloga. Como ella misma le pidió a una amiga: “por favor, no me pienses como una socióloga. Mi trabajo ha sido en economía, administración y derecho, y ciertamente no pretendo ser clasificada con el grupo sociológico” (Coghlan, 2005: 19).

Abbott y Breckinridge consiguieron hacer del trabajo social una profesión comparable a otras; y, a la vez, formar en políticas sociales y administración pública, desde la teoría social y los métodos de investigación científicos. Como la propia Abbott (1948) comentó de “Nisba”: más allá de la tranquila vida académica, se enfrentaron a las desigualdades e injusticias sociales. Ello se produjo en un momento en que la sociología comenzó a distanciarse de sus raíces en la reforma social y del trabajo sociológico desde los centros. Ambos factores contribuyeron al olvido de las mujeres

en la construcción de la teoría sociológica y la exclusión de nuevas estudiantes a la misma (Deegan, 2000). Con el tiempo, la formación del trabajo social de base sociológica dirigida a resolver problemas sociales dio paso a paradigmas técnicos y psicológicos más conservadores (desde la influencia de otras escuelas como la de Nueva York o Boston). La sociología aplicada, de reforma o desde los centros, quedó en el olvido de ambas disciplinas y con ella las aportaciones de estas brillantes mujeres.

## 7. Las grandes olvidadas en el relato: pioneras trabajadoras sociales afroamericanas

Ida Wells-Barnett afirmó que las reformadoras blancas eran incapaces de “conocer el alma de las mujeres negras” (en Carlton-LaNey, 1994). ¿Hasta qué punto el movimiento de los centros sociales supo abordar la discriminación racial, incluso, en ciudades como Chicago, con alta población migrante? En *Black Neighbors: Race and the Limits of Reform in the American Settlement House Movement*, Elisabeth Lasch-Quinn, (1993) da una respuesta: “mientras intentó abordar las necesidades de inmigrantes blancos [europeos], ignoró en gran medida la situación paralela de afroamericanos cuando sustituyeron a los blancos en los vecindarios de los centros”. Si bien desde los asentamientos no se culpaba a los pobres de su pobreza por su moralidad, con los negros existían reservas, la esclavitud les había maleducado, “incivilizado”. Muchas reformadoras apoyaban y pertenecieron a organizaciones por los derechos civiles, pero ello no impedía que tuvieran prácticas discriminatorias en los centros o defendieran posturas (por acción u omisión) racistas. Por su parte, las científicas sociales afroamericanas no solo experimentaron biográficamente el racismo, comprendieron histórica y sociológicamente sus consecuencias y generaron teoría social en un momento de cambios y luchas raciales radicales.

En las comunidades negras, otras instituciones, no solo los centros sociales, hicieron el papel de reforma: organizaciones religiosas, pero también otras formas de trabajo comunitario (más allá del concepto de asentamiento como casa). La National Federation of Settlements reforzó indirectamente la idea de que la cuestión negra era una preocupación secundaria para el movimiento de los centros sociales, cuando hizo una distinción rígida entre el trabajo religioso-misionario y el de los asentamientos. Sus esfuerzos por distanciarse de cualquier trabajo de tinte religioso, supuso no solo separarse de la comunidad negra, sino invisibilizar el papel de las/los afroamericanos en los centros sociales, particularmente en el sur rural. Recuperar a las trabajadoras sociales afroamericanas implica ampliar la concepción de los centros sociales, más allá de las ciudades, de los edificios, pero también no renegar de las asociaciones religiosas, y atender al papel de las escuelas negras o los clubes de mujeres negras (Lasch-Quinn, 1993).

No es casual que haya sido una trabajadora social afroamericana, Iris Carlton-LaNey (1994; 1997; 1999), la que haya recogido los nombres y contribuciones de trabajadoras y reformadoras sociales afroamericanas como colectivo, analizando las barreras raciales y de género a las que se enfrentaron para desarrollar sus carreras en sus comunidades. Ha identificado sus principios fundamentales: la autoprotección y el apoyo colectivo, la conciencia y el orgullo racial, y la deuda social con la comunidad, creando escuelas para afroamericanos o educando directamente. Además, la práctica comunitaria de las pioneras del trabajo social afroamericano se caracterizó por sus “lentes de raza” y su paradigma afrocéntrico (sin olvidar el género, pero

centrándose en la comunidad negra), su enfoque holístico y la creación de organizaciones e instituciones de servicio comunitario, aprovechándose de la filantropía y las redes de afiliación (Carlton-LaNey, 1999). Todo ello implicaba enfrentar al racismo como parte fundamental de las experiencias de los afroamericanos; y, derivado de ello, la conceptualización colectiva del ser humano y su supervivencia grupal (Carlton-LaNey, 1999).

Para entender “la historia en sus propios términos”, es preciso recordar que, si eran pocas las universidades que aceptaban a mujeres, menos eran las que aceptaban a afroamericanos (la mayoría fueron hijas de esclavos liberados). Las principales universidades prohibían la entrada a estudiantes afroamericanos o ponían cuotas. Por ello, tuvieron un papel fundamental los centros dirigidos a la comunidad negra, por ejemplo, la Universidad de Tuskegee o la Universidad de Fisk. Oberlin College, la Universidad de Chicago o la de Columbia tuvieron el mérito de ser de las pocas mixtas, en los dos sentidos, por sexo y raza. No obstante, eso no implicaba que se matricularan en ellas: las condiciones económicas necesarias, o la idea de ser el único estudiante negro, impedían o desanimaban el acceso. Una vez graduadas, las opciones de un empleo en la universidad eran mínimas.

Para el desarrollo de las carreras de estas trabajadoras sociales fueron claves la National Urban League, que organizó en 1911 el primer curso de trabajo social donde podían estudiar afroamericanos en la Fisk University (allí pudo estudiar Ida Wells o Elizabeth Ross Haynes); y la creación en la década de 1920 de dos escuelas de trabajo social para afroamericanos: la School of Social Work de Atlanta y Bishop Tuttle School en Carolina del Norte (Carlton-LaNey, 1999).

Teniendo en cuenta este contexto, en lo que sigue vamos a recoger los trabajos de científicas sociales afroamericanas y sus contribuciones tanto a la teoría sociológica como al trabajo de reforma y al activismo político, en diferente grado. Son solo una pequeña muestra para visibilizar que, si no las conocemos, es porque el análisis de las políticas de género y conocimiento ha tenido, como trasfondo no marcado, el racismo.

Varios trabajos han recuperado la biografía y obra de Ida B. Wells-Barnett o Anna Julia Cooper: su pensamiento (“su voz desde el sur”), su trabajo de reforma y su defensa por los derechos civiles, etiquetadas como “fundadoras de la sociología feminista negra” (Apthecker, 1977; Lengermann y Niebrugge, 1998). Nos vamos a centrar aquí en la figura de Ida B. Wells-Barnett (1862-1931) y su campaña contra los linchamientos de hombres negros, recogida en su autobiografía *Crusade for justice*. Nacida en Mississippi, hija de esclavos liberados, estudió en Rust College; se trasladó a Memphis para ejercer como maestra y tuvo que encargarse de sus hermanos tras la muerte de sus dos padres. Varios incidentes personales de discriminación (fue desalojada del vagón de señoras, por mujer negra) provocaron su cruzada activa por los derechos civiles y por una justicia real para su comunidad. Durante las manifestaciones por el sufragio femenino se negó a ponerse detrás de la marcha por ser negra. Luchó y escribió sin concesiones, lo cual le creó enemigos. En 1909 cofundó la Asociación Nacional para el Progreso de las Personas de Color -la NAACP, por sus siglas en inglés - (Peebles-Wilkins y Francis, 1990).

Ida Wells combinó el método científico de recogida de datos con un estilo periodístico de denuncia (de la discriminación racial, los disturbios raciales, los linchamientos, etc.). Cuando en 1892 fueron linchados varios hombres negros en Memphis, Wells rebatió en el periódico en el que trabajaba, *Free Speech*, el “mito del

violador negro” como excusa de los linchamientos, en un análisis que hoy llamaríamos interseccional, de raza, clase y género. Tras ello, estuvo a punto de vivirse “la ley de la calle” y la sede del periódico fue quemada (Peebles-Wilkins y Francis, 1990). Más tarde escribiría dos libros sobre linchamientos: *Southern Horrors* (1892) y *A red record* (1895).

En 1901, escribió en *New York Independent* “Lynching and the excuse for it”, donde recogía estadísticas tabuladas de linchamientos desde 1896 hasta 1900 y desmontaba, con datos también, la idea de que se correspondieran con violaciones de hombres negros. El artículo era una respuesta a “Respect for Law” de Jane Addams. Un artículo donde la fundadora de la *Hull House* criticaba los linchamientos como métodos violentos e inaceptables en la lucha frente al crimen (violencia frente a violencia no funciona), pero no cuestionaba que se llevaban a víctimas inocentes. En su escrito, Wells no solo criticaba los linchamientos como actos racistas y sexistas, como formas de “proteger a las mujeres blancas de los monstruos negros”, sino que desmontaba la mentira en la que se sustentaban. En este tema, Addams demostró carcer de ese “conocimiento comprensivo”, derivado de la experiencia directa con la comunidad negra, que ella misma defendía para producir conocimiento (Apthecker, 1977).

No obstante, Addams y Wells colaboraron en otras actividades de derechos humanos: fueron colegas de reforma. Cuando *Chicago Tribune* publicó varios artículos en defensa de la segregación racial en las escuelas, Addams la invitó a la *Hull House* para que expresara sus objeciones ante una audiencia blanca; como consecuencia, los artículos dejaron de publicarse (Peebles-Wilkins y Francis, 1990).

Otra mujer que ayudó a crear la NAACP, pero quizá menos conocida, fue Mary Church Terrell (1863-1954). Nacida en Memphis, fue también hija de dos esclavos liberados, pero en este caso, convertidos en millonarios por inversiones inmobiliarias. Se trasladó a Washington, y fue una de las primeras mujeres negras en conseguir un grado de máster en Oberlin College, en literatura clásica. Dominaba varios idiomas (entre ellos, el francés, el italiano y el alemán), lo que le permitió no solo viajar, sino llevar “la cuestión racial” a toda Europa con sus charlas. Implicada en el movimiento de los clubes de mujeres negras, presidió The National Association of Colored Women en 1896. Como Ida Wells, defendió el sufragio de las mujeres; y, aunque enfatizó la vida familiar como núcleo de mejora de la situación de las mujeres negras, también reconoció la importancia del trabajo para su independencia, defendiendo a su vez la particular posición de vulnerabilidad de las mujeres negras respecto a los hombres blancos en entornos laborales (Peebles-Wilkins y Francis, 1990).

Mary McLeod Bethune (1875-1955) también se podría añadir a esta primera generación de activistas y reformadoras sociales afroamericanas. Fue educadora y activista de los derechos civiles, reconocida por fundar una escuela para niñas negras en Daytona Beach, Florida, que posteriormente se convirtió en la Universidad mixta Bethune-Cookman. Se convirtió así en una de las pocas mujeres rectoras universitarias en el mundo. Participó en diferentes clubes de mujeres donde alcanzó un notable liderazgo, hasta el punto de convertirse en asesora del presidente Franklin Roosevelt en su “gabinete negro” (McClusky y Smith, 1999).

Si saltamos a una generación posterior que vivió la institucionalización del trabajo social, Birdye Henrietta Haynes (1886-1922) tiene el mérito de ser la primera persona negra en graduarse en la Chicago School of Civics and Philanthropy: es decir, pionera del trabajo social, pionera trabajadora social, y pionera trabajadora so-

cial negra, Fue directora de dos de los asentamientos sociales más importantes para los negros en Chicago y Nueva York, Wendell Phillips Settlement y Lincoln House, respectivamente.

Wendell Phillips Settlement fue un centro social que ofrecía ocio, clases y clubs para gente de color, particularmente niños/as y jóvenes. El centro estaba regido por un equipo interracial (10 personas blancas y 10 negras), donde estaban Abbott, Addams o Breckinridge. Carlton-LaNey (1994) describe cómo el racismo y la segregación racial pusieron importantes límites al trabajo de Haynes. La hermandad feminista entre reformadoras blancas no se daba con las negras y el apoyo e implicación de las que fueran sus maestras fue más bien escaso. La tutela de Breckinridge y Abbott ponía difícil la autoridad de Haynes como directora del centro; a lo cual había que añadir las actitudes racistas del equipo (de la parte blanca). Es preciso decir que, si bien Jane Addams o Florence Kelley fueron miembros de la NAACP, no recibían con los brazos abiertos a los negros en la Hull House y, de hecho, dedicaron pocas actividades a su situación (Carlton-LaNey, 1994).

Haynes fue muy consciente de los problemas de vivienda o empleo de la gente negra en Chicago, así como del escaso ocio para los jóvenes producto de la segregación racial. En el caso de las mujeres, dos tercios de todas las empleadas mujeres en 1910 eran sirvientas o lavanderas de mano, lo cual les dejaba poco tiempo para el cuidado o educación de sus propios hijos.

El segundo centro que dirigió, Lincoln House de Nueva York, contaba con guardería, enfermería y varios clubs. Haynes consiguió ganarse la confianza y cooperación del vecindario gracias a su filosofía: las víctimas no podían ser la fuente del problema, no se podía acusar a la gente de ser menos moral o no educar; era necesario comprender el problema en un contexto de racismo y segregación racial donde se negaba a los negros un acceso igual a los recursos. Algo que ella misma vivió en los dos centros: falta de comprensión por parte del equipo del tema racial, falta de financiación (incluido su salario) y falta de apoyo ante la sobrecarga que implicaba tanto la parte administrativa como la mejora de la vida colectiva del vecindario (Carlton-LaNey, 1994).

Carlton-LaNey (1997) ha recogido el trabajo de otra reformadora social y política afroamericana, Elizabeth Ross Haynes (1908-1940). Nacida en Alabama, gracias a la fortuna de su familia pudo estudiar en la Universidad de Fisk. Estudió cursos de verano en la Universidad de Chicago, y obtuvo su grado de máster en Ciencia Política en la Universidad de Columbia (1923). Ross fue miembro y se implicó en numerosas organizaciones, siempre luchando por la mejora de la situación de las mujeres negras. Fue la primera secretaria negra de la Young Women's Christian Association (1924). Su dirección, junto con la "rama local negra" de esta asociación mixta, fue clave para el apoyo a mujeres universitarias afroamericanas. También perteneció a la National Association of Colored Women (NACW) y a la sororidad de universitarias afroamericanas Alpha Kappa Alpha (AKA).

En 1919, junto con Elizabeth Carter y Mary Church Terrell, reclamó al International Congress of Working Women que ofreciera programas relevantes para las mujeres negras. Esta preocupación por el empleo de las mujeres estuvo muy presente en su carrera. En los 20, trabajó en el Department of Labor's Women in Industry Service. A partir de dicha experiencia, investigó, escribió y dio charlas sobre el trabajo de las mujeres, en concreto, sobre los problemas de las mujeres negras en diferentes sectores industriales; las cuales, por su historia, tenían un mayor hábito de trabajo

que las blancas, pero menores oportunidades de empleo. Fruto de ello, fue su tesis en Columbia, *Two Million Negro Women at Work* de 1922 (Carlton-LaNey, 1997).

En otro de sus textos, "Negroes in Domestic Service in the United States" (1923), analizó en concreto el empleo doméstico. En este estudio, utilizó datos demográficos, tasas de rotación, capacitación, eficiencia y salarios, con el objeto de examinar diferentes problemas de las empleadas domésticas negras. Haynes fue holística en su enfoque, e incluyó también el examen de las condiciones de vida, la salud, la vida social y las afiliaciones organizativas de las empleadas domésticas. Señaló las dificultades de independencia económica para mujeres negras, y cómo el servicio doméstico se convertía en su única opción; un tipo de empleo, descartado incluso por las trabajadoras de las fábricas por sus condiciones de esclavitud (Carlton-LaNey, 1997).

Más adelante, Haynes fue también co-líder política de un distrito de Harlem. De su carrera en general, Carlton-LaNey (1997) ha destacado su reconocimiento de la diversidad, su participación incansable y liderazgo en todo tipo de asociaciones (desde las de base hasta gubernamentales), desde donde ofreció a mujeres negras espacios de debate y de toma de conciencia (al estilo "lo personal es político"). Carlton-LaNey (1997: 575) la ha descrito como "una 'mujer de raza' con conciencia feminista", con una clara comprensión de hasta qué punto los problemas raciales y de género estaban interconectados.

## 8. Conclusiones

Gracias a las epistemologías feministas, el análisis de la situación de las mujeres en las ciencias, nos lleva a la pregunta de hasta qué punto la presencia o ausencia de mujeres es epistemológicamente relevante, es decir, si influye en la producción de conocimiento e ignorancia en una disciplina. No solo eso, cómo el feminismo, como movimiento social y teoría crítica, ha contribuido a una ciencia más justa socialmente y objetiva (Harding, 1991). La historia del trabajo social y sus derivas, como profesión "feminizada", nos puede servir como estudio de caso.

Sabemos que la presencia de mujeres es necesaria pero no suficiente para un trabajo social feminista, justo y objetivo. Necesita de un movimiento feminista para transformar la disciplina. El feminismo del S. XIX permitió la entrada de estas "nuevas mujeres" a la universidad, pero también su profesionalización en los trabajos de reforma, negociando sus identidades de género y laborales (la mayoría de ellas fueron sufragistas y militaron en organizaciones de mujeres). Gracias a ello, no solo desmontaron mitos sobre su inferioridad, sino que investigaron sobre la situación desigual entre los sexos y sobre las condiciones particulares de las mujeres producto de la industrialización: a la vez que defendieron la independencia económica de las mujeres de clase media, analizaron la explotación laboral de las más desfavorecidas. Frente al androcentrismo de la "cuestión social" en la obra de científicos sociales de la época, visibilizaron y centralizaron la cuestión social "femenina", en los cruces de género y clase social.

Además, y aunque fuera producto de políticas patriarcales académicas y del lugar afectivo-maternal donde la sociedad las ubicaba, gracias a sus investigaciones colectivas desde los centros de reforma, transformaron las formas de investigar y las propias concepciones de ciencia: con sus "epistemologías vecinales", aunaron resi-

dencia, investigación, reforma y teoría social. Desde su ética pragmatista, la investigación solo tenía sentido si servía para el cambio social, y desde ahí, crearon teorías relacionales, situadas y responsables. Hoy en día impresionan sus investigaciones: por la actualidad de sus temas, por su interdisciplinariedad e interseccionalidad, pero también por la rigurosidad y creatividad metodológica.

No obstante, si bien la presencia mayoritaria de mujeres en la disciplina posibilitó todo lo anterior, también movilizó toda una serie de esfuerzos patriarcales por compensar el “desprestigio femenino” que “amenazaba” la disciplina: políticas académico-universitarias de discriminación vertical y horizontal; el uso del imaginario caritativo-religioso para desvalorizar sus trabajos rigurosos de reforma y sus teorías sociológicas; o la profesionalización basada en la racionalización y la tecnificación para atraer a más varones. Tras un siglo de institucionalización de la disciplina, llama la atención el olvido histórico de sus pioneras, o su recuperación desde el imaginario del enfrentamiento; el predominio del estudio de caso-individual técnico, distanciado del compromiso socio-político y feminista; o la persistencia de la desigualdad en posiciones de dirección. De nuevo el feminismo nos da herramientas teóricas para comprender de forma crítica dichas transformaciones.

Por otro lado, las “epistemologías del punto de vista” de las pioneras, investigar desde la experiencia y vida de las mujeres y hacerlo de forma situada y reflexiva, fueron limitadas. El debate entre Ida Wells-Barnett y Jane Addams da buena cuenta de hasta qué punto su posición como mujeres blancas de clase media-alta limitaba sus experiencias y, por ende, su conciencia social y conocimiento. Aunque militaron en organizaciones por los derechos civiles e investigaron las consecuencias de la pobreza e inmigración, el lugar desde donde escribían en no pocas veces las traicionaba. No es casual que fueran pensadoras afroamericanas las que investigaron el racismo y sus consecuencias, y las que orientaron sus centros u organizaciones hacia las necesidades particulares de la comunidad negra. Doblemente “traidoras” en el campo de la ciencia, por su sexo y por su raza (Collins, 1986), fueron especialmente conscientes de los cruces entre el sexismo y el racismo (el análisis de Wells del mito del violador negro como excusa de los linchamientos fue un claro ejemplo). Tampoco es casual que, desde dichas posiciones, se haya recuperado la historia olvidada de las trabajadoras sociales afroamericanas “en sus propios términos”. Un argumento más para reforzar la idea de que sociedad y ciencia se co-producen, que los movimientos sociales actúan como correctivos epistémicos, y que la igualdad y diversidad en una comunidad científica van de la mano de su objetividad y justicia social.

## 9. Referencias bibliográficas

- Abbott, Edith (1908). “A study of the early history of child labor in America”. *American Journal of Sociology*, 14 (1): 15-37.
- Abbott, Edith (1909). “Women in Industry: The Manufacture of Boots and Shoes”. *American Journal of Sociology*, 15 (3): 335-360.
- Abbott, Edith (1910). *Women in industry: A study in American economic history*. Chicago: D. Appleton.
- Abbott, Edith (ed.) (1936). *The tenements of Chicago, 1908-1935*. Chicago: University of Chicago Press.

- Abbott, Edith (1948). "Sophonisba Preston Breckinridge over the years". *Social Service Review*, 22 (4): 417-423. DOI: <https://doi.org/10.1086/637031>
- Abrams, Laura y Curran, Laura (2004). "Between women: Gender and social work in historical perspective". *Social Service Review*, 78 (3): 429-446. DOI: <https://doi.org/10.1086/421920>
- Addams, Jane (1892/2013). "El valor objetivo de un centro social". En Ana I. Lima y Carmen Verde (eds.), *Hull House: el valor de un centro social* (pp 61-74). Madrid: Paraninfo.
- Addams, Jane (1912/1990). *Twenty Years at Hull-House*. Chicago: University of Illinois Press.
- Addams, Jane (1901). "Respect for Law". *The Independent*, 53: 18-20.
- Álvarez-Uría, Fernando y Parra, Pilar (2014). "The Bitter Cry: materiales para una genealogía de la identidad profesional de las pioneras del Trabajo Social en Inglaterra y los Estados Unidos". *Cuadernos de Trabajo Social*, 27 (1): 93-102. DOI: [https://doi.org/10.5209/rev\\_CUTS.2014.v27.n1.43219](https://doi.org/10.5209/rev_CUTS.2014.v27.n1.43219)
- Aptheker, Bettina (1977). *Lynching and Rape: An Exchange of View*. Nueva York: American Institute for Marxist Studies.
- Branco, Francisco J. (2016). "The circle of social reform: the relationship social work—social policy in Addams and Richmond". *European Journal of Social Work*, 19 (3-4): 405-419. DOI: 10.1080/13691457.2015.1084272
- Breckinridge, Sophonisba (1913). "The color line in the housing problema". *Survey*, 29: 575-76.
- Breckinridge, Sophonisba y Abbott, Edith (1910). "Chicago's housing problem: Families in furnished romos". *American Journal of Sociology*, 16 (3): 289-308.
- Breckinridge, Sophonisba y Abbott, Edith (1911). "Housing Conditions in Chicago, III: Back of the Yards". *American Journal of Sociology*, 16 (4): 433-468.
- Breckinridge, Sophonisba y Abbott, Edith (1911). "Chicago housing conditions, IV: the West Side revisited". *American Journal of Sociology*, 17 (1): 1-34.
- Breckinridge, Sophonisba y Abbott, Edith (1911). "Chicago housing conditions, V: South Chicago at the gates of the steel mills". *American Journal of Sociology*, 17 (2): 145-176.
- Carlton-LaNey, Iris (1994). "The Career of Birdye Henrietta Haynes, a Pioneer Settlement House Worker". *Social Service Review*, 68 (2): 254-273. DOI: <https://doi.org/10.1086/604050>
- Carlton-LaNey, Iris (1997). "Elizabeth Ross Haynes: An African American Reformer of Womanist Consciousness, 1908-1940". *Social Work*, 42 (6): 573-83. DOI: <https://doi.org/10.1093/sw/42.6.573>
- Carlton-LaNey, Iris (1999). "African American social work pioneers' response to need". *Social Work*, 44 (4): 311-321. DOI: <https://doi.org/10.1093/sw/44.4.311>
- Chambers, Clarke (1986). "Women in the creation of the profession of social work". *Social Service Review*, 60 (1): 1-33. DOI: <https://doi.org/10.1086/644347>
- Coghlan, Catherine (2005). "'Please don't think of me as a sociologist': Sophonisba Preston Breckinridge and the early Chicago school". *The American Sociologist*, 36 (1): 3-22. DOI: <https://doi.org/10.1007/s12108-005-1007-z>
- Collins, Patricia Hill (1986). "Learning from the outsider within: The sociological significance of Black feminist thought". *Social Problems*, 33 (6): s14-s32.
- Cote, Jennifer (2013). "'The West Point of the Philanthropic Service': Reconsidering Social Work's Welcome to Women in the Early Twentieth Century". *Social Service Review*, 87 (1): 131-157. DOI: <https://doi.org/10.1086/669898>
- Davis, Ángela (2004). *Mujeres, raza y clase*. Madrid: Akal.

- Deegan, Mary Jo (1981). "Early women sociologist and the American Sociological Society". *The American Sociologist*, 16: 14-24. DOI: <http://dx.doi.org/10.18046/recs.i10.1362>
- Deegan, Mary Jo (1986). "The clinical sociology of Jessie Taft". *Clinical Sociology Review*, 4: 30-45.
- Deegan, Mary Jo (1991). *Women in sociology: A bio-bibliographical sourcebook*. Westport: Greenwood Press.
- Deegan, Mary Jo (2000). *Jane Addams and the Men of the Chicago School, 1892-1928*. New Brunswick: Transaction Books.
- Diner, Steven (1975). "Department and Discipline: The Department of Sociology at the University of Chicago, 1892-1920". *Minerva*, 13: 514-53.
- Faderman, Lillian (1999). *To Believe in Women. What lesbians have done for America*. Boston and New York: Houghton Mifflin Company.
- Font-Casaseca, Nuria (2016). "Mapas contra la injusticia urbana: la utopía pragmática de la Hull House en Chicago a finales del siglo XIX", en *XIV Coloquio Internacional de Geocrítica. Las utopías y la construcción de la sociedad del futuro*, Barcelona: Universidad de Barcelona.
- García-Dauder, Silvia (2005). *Psicología y Feminismo. Historia olvidada de mujeres pioneras en Psicología*. Madrid: Narcea.
- García-Dauder, Silvia (2009). "Jessie Taft: Interaccionismo simbólico, teoría feminista y trabajo social clínico". *Trabajo Social Hoy*, 56: 145-154.
- García-Dauder, Silvia (2010). "La historia olvidada de las mujeres de la Escuela de Chicago". *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 131 (1): 11-41.
- García Dauder, (S.) y Pérez Sedeño, Eulalia (2015). "Los inicios de la sociología del trabajo: Jane Addams, la Hull House y las mujeres de la Escuela de Chicago". *Sociología del Trabajo*, 83: 24-49.
- Gordon, Lida (1995). *Pitied but not entitled: Single mothers and the history of welfare, 1890-1935*. New York: Free Press.
- Harding, Sandra (1997). *Ciencia y feminismo*. Madrid: Morata.
- Hull House Residents (1895/2006). *Hull House Maps and Papers*. Chicago: University of Illinois Press.
- Keller, Evelyn F. (1991). *Reflexiones sobre género y ciencia*. Valencia: Edicions Alfons el Magnanim.
- Kessler-Harris, Alice (1982). *Out to Work: A History of Wage-Earning Women in the United States*. Nueva York: Oxford University Press.
- Lasch-Quinn, Elisabeth (1993). *Black neighbors: Race and the limits of reform in the American settlement house movement, 1890-1945*. Chapel Hill: UNC Press Books.
- Lengermann, Patricia y Niebrugge-Brantley, Jill (1998). *The Women Founders. Sociology and Social Theory, 1830-1930*. Boston: McGraw Hill.
- Lerner, Gerda (1992). "Placing women in history: Definitions and challenges. En Janis S. Bohan (ed.), *Re-placing Women in Psychology* (pp 31-43). Iowa: Kendall/Hunt Publishing Company.
- Lima, Ana I. y Verde, Carmen (2013). *Hull House: el valor de un centro social*. Madrid: Ediciones Paraninfo.
- MacLean, Vicky y Williams, Joyce (2012). "'Ghosts of Sociologies Past': Settlement Sociology in the Progressive Era at the Chicago School of Civics and Philanthropy". *The American Sociologist*, 43 (3): 235-263. DOI: <https://doi.org/10.1007/s12108-012-9158-1>
- McClusky, Audrey y Smith, Elaine (eds.) (1999). *Mary McLeod Bethune: Building a Better World: Essays and Selected Documents*. Bloomington: University of Indiana Press.

- Miranda, Miguel (2004). *De la caridad a la ciencia. Pragmatismo, interaccionismo simbólico y trabajo social*. Zaragoza: Mira Editores.
- Miranda, Miguel (2015). “La importancia de la historia del trabajo social para construir una identidad profesional aceptada internacionalmente”. *Revista Tendencias & Retos*, 20 (1): 21-34.
- Morales, Amalia (2010). *Género, mujeres, trabajo social y Sección Femenina. Historia de una profesión feminizada y con vocación feminista*. Vieitez, Soledad (dir.), Universidad de Granada, Granada.
- Muncy, Robyn (1990). “Gender and professionalization in the origins of the US welfare state: The careers of Sophonisba Breckinridge and Edith Abbott, 1890–1935”. *Journal of Policy History*, 2 (3): 290-315. DOI: <https://doi.org/10.1017/S0898030600004760>
- Munuera, Pilar (2012). La Huella de Mary Richmond en la intervención psicosocial del S. XXI. *Trabajo Social Hoy*, 64: 9-28.
- Nebreda, M<sup>a</sup> Isabel (2018). *El género del trabajo social. Una construcción genealógica desde la perspectiva de género*. Serrano, Amparo (dir.), Universidad Complutense de Madrid, Madrid.
- Peebles-Wilkins, Wilma y Francis, Aracelis (1990). “Two Outstanding Black Women in Social Welfare History: Mary Church Terrell and Ida B. Wells-Barnett”. *Affilia*, 5 (4): 87–100. DOI: <https://doi.org/10.1177/088610999000500406>
- Richmond, Mary (1917). *Social diagnosis*. Nueva York: Russell Sage Foundation.
- Richmond, Mary (1930). *The long view*. Nueva York: Russell Sage Foundation.
- Rosenberg, Rosalind (1982). *Beyond Separate Spheres: Intellectual Roots of Modern Feminism*. New Haven: Yale University Press.
- Rossiter, Margaret W. (1992). *Women Scientists in America. Struggles and Strategies to 1940*. Londres: The Johns Hopkins University Press.
- Seigfried, Charlene (1993). “Introduction to Jessie Taft’s ‘The Woman Movement from the point of view of Social Consciousness’”. *Hypatia*, 8 (2): 215-218. DOI: <https://doi.org/10.1111/j.1527-2001.1993.tb00100.x>
- Tuana, Nancy (2006). “The speculum of ignorance: The women’s health movement and epistemologies of ignorance”. *Hypatia*, 21 (3): 1-19. DOI: <https://doi.org/10.1111/j.1527-2001.2006.tb01110.x>
- Webb, Beatrice (1888/2012). “Diario de una chica trabajadora”. En Juan José Castillo (ed.), *Clásicos y modernos en sociología del trabajo* (pp 63-77). Buenos Aires: Miño y Dávila.
- Wells-Barnett, Ida (1901). “Lynching and the Excuse for It”. *The Independent*, 53 (2737): 1133-1136.